

LA HERMANA DEL ESTABLO

Al día siguiente, el obispo Ketteler fue a visitar un convento de religiosas en una ciudad cercana y celebró para ellas la Santa Misa en la capilla. Casi al final de la distribución de la Santísima Comunión, llegando a la última fila, su mirada se fijó en una religiosa. Su rostro palideció, él quedó inmóvil, luego se recuperó y dio la Comunión a la religiosa que nada había notado y estaba devotamente de rodillas. Después concluyó serenamente la liturgia.

Al desayuno llegó también al convento el obispo diocesano del día anterior. El obispo Ketteler pidió a la madre superiora de presentarle a todas las religiosas, que llegaron en poco tiempo. Los dos obispos se acercaron y Ketteler las saludaba observándolas, pero parecía claramente no encontrar lo que buscaba. En voz baja se dirige a la madre superiora: *“¿Estas son todas las religiosas?”*. Ella, mirando al grupo, respondió: *“¡Excelencia, las hice llamar a todas, pero efectivamente falta una!”*. *“¿Por qué no vino?”*. La madre respondió: *“Ella se ocupa del establo, y lo hace de un modo tan ejemplar que en su celo a veces se olvida las otras cosas”*. *“Deseo conocer a esta religiosa”*, dijo el obispo. Después de poco tiempo, llegó la religiosa. Él palideció de nuevo y después de haber dirigido algunas palabras a todas las religiosas, pidió permanecer sólo con ella.

“¿Usted me conoce?”, preguntó. *“¡Excelencia, yo no lo he visto nunca!”*. *“¿Pero usted rezó y ofreció buenas obras por mí?”*, quería saber Ketteler. *“No soy consciente de ello, porque no sabía de la existencia de Vuestra Gracia”*. El obispo permaneció algunos instantes inmóvil y en silencio, luego continuó con otras preguntas. *“¿Cuáles son las devociones que más ama y que practica con más frecuencia?”*. *“La veneración al Sagrado Corazón”*, contestó la religiosa. *“¡Parece que usted tiene el trabajo más pesado en el convento!”*, continuó. *“¡Ay no, Vuestra Gracia! Ciertamente no puedo desconocer que a veces me repugna”*. *“¿Entonces qué hace cuando está agobiada por la tentación?”*. *“Tomé la costumbre de afrontar por amor a Dios, con alegría y celo, todas las tareas que me cuestan mucho y después las ofrezco por un alma del mundo. Será el buen Dios quien elegirá a quien dar Su gracia, yo no lo quiero saber. También ofrezco la hora de adoración de la noche, desde las veinte a las veintiuno, por esta intención”*. *“¿Cómo le surgió la idea de ofrecer todo esto por un alma?”*. *“Es una costumbre que ya tenía cuando todavía vivía en el mundo. En la escuela el párroco nos enseñó que se debería rezar por los demás como se hace por los propios parientes. Además añadía: ‘Sería necesario rezar mucho por los que corren el peligro de perderse por la eternidad. Pero como sólo Dios sabe quien tiene mayor necesidad, lo mejor sería ofrecer las oraciones al Sagrado Corazón de Jesús, confiando en su sabiduría y omnisciencia’. Así hice, y siempre pensé que Dios encuentra el alma justa”*.